

Y LOS HIJOS DEL EXILIO, CINCUENTA AÑOS DESPUÉS. PRESENTACIÓN DEL LIBRO

MANUEL GARCÍA JAÉN
ACADÉMICO CORRESPONDIENTE

Infinidad de cosas me atan espiritualmente a esta ciudad de Córdoba. También, los cauces directos de la sangre que van por mis venas. Sin embargo, jamás se me habría ocurrido imaginar que en este día, un nuevo lazo refuerce mi vinculación a ella poderosamente.

La fuerza del destino, la del destino del inhumano exilio, provocó en mi vida el accidente de nacer en otra ciudad, en otro país, en otro continente. Es decir, lejos, muy lejos del lugar que por normales razones naturales y de herencia, era el mío propio.

Ahora, esta noche primaveral con olores de azahar de flores cordobesas, en la cuna de mi abuelo materno y de mi querido padre, siento que una vez más la fuerza del espíritu del hombre supera con creces los destinos y las distancias. Porque ahora, en esta noche para mí nunca imaginada y jamás olvidada, estoy aquí nuevamente respirando por doquier el cordobesismo que se me introduce en el alma y en el cuerpo con aliento de sueños y nostalgias.

El acto que vivimos hoy día, de amistad hermana y extrema generosidad, significa para mí uno de los momentos de mayor emoción en mi vida.

Me encuentro en la ciudad que fue la de mi abuelo materno y la de mi padre. El abuelo, inolvidable personaje no sólo para sus parientes y para la ciudad a la que tanto quiso y a la que tanto sirvió aquí y allá, por donde fuera que por fuerza debió peregrinar, el ilustre profesor Antonio Jaén Morente, de humilde cuna como él lo reconocía y pregonaba, pero de inconmensurables destinos en su producción intelectual y humana, que alcanzó futuras eternidades allende fronteras no sólo patrias sino continentales, alguna vez ridícula e injustamente tratado como "hijo maldito" de Córdoba y luego, en justo y postrer reconocimiento reivindicado como "hijo predilecto" de ella. Su nombre, su valía, su cordobesismo, su españolismo, quedó desparramado a lo largo de una inmensa historia y geografía. Puede ya estar satisfecho en su espíritu. Quizás, desgraciadamente, algo le faltará

en su descanso eterno: el no haber alcanzado uno de sus más queridos anhelos y que tantas veces repitió: que al morir fuese enterrado en su querida Córdoba y que su sepelio pasara por la Puerta de Almodóvar, frontera de su ciudad añorada y vecina a la casa antigua donde él nació.

Me encuentro en la ciudad de quien fue mi querido padre, obligado a seguir el camino del exilio al lado de mi abuelo materno, por su condición de hijo político, al estar casado con mi madre hija del abuelo querido.

Igualmente, vio de pronto afrontar la vida del exilio, de manera abrupta, inesperada e incontenible. De la misma forma, hasta cuando Dios prematuramente lo reclamó a su seno eterno, su vida lejana de Córdoba no fue sino una permanente actitud de amor a ella, con su insaciable y nunca logrado deseo de retornar y su permanente amorosa lección para que nosotros, los hijos del exilio, la conociéramos de lejos y aunque sea sólo así, también la tuviéramos en primer lugar en nuestros ideales y amores, todavía desconcertados y hasta, quizás, inmersos en lo que yo llamo en mi libro la condición de "casta rara".

Hijo del exilio soy. ¿Por qué? Que lo responda la historia, los hechos y los designios que probablemente son de origen divino.

Un hijo del exilio, que de pronto un día, allá en la querida ciudad de Quito que me vio nacer, sintió la necesidad de analizar y escribir a manera de relato, los sentimientos profundos e inolvidables de cómo habíamos vivido dentro de nosotros, los ambientes y experiencias que por fuerza veíamos vivir en aquellos abuelos y padres, que eran realmente los desdichados y confundidos exiliados.

Al avanzar, con trabajo sentimental y esfuerzo emocional, el reto de escribir sobre todo ello, se me ocurrió llamarles "los queridos causantes" y a lo largo de la obra el calificativo se repetiría constantemente al evocar y recordar sus personas. Irónico calificativo que incluso podría mal interpretar algún lector de este libro, pero que en lo que llamé "introito", con leve esfuerzo podrá comprenderse con claridad.

Queridos, porque los hijos del exilio les quisimos como se merecían al ver su dedicación y cariño por nosotros. Causantes, porque sin quererlo eran quienes hicieron que viviéramos una vida especial, extraña, rara y distinta a la de los amigos pequeños y luego jóvenes, que de alguna manera constituían nuestro entorno social.

No puedo ni debo dejar de decir en este día que el propósito de escribir sobre estos sentimientos causó en mi espíritu sensaciones difíciles y controvertidas. Después del ímpetu arrollador del comienzo, detuve mi labor por largos meses. Algo, imposible de descifrar, frenó mi aliento y me resistí a continuar.

Más tarde, algunos acontecimientos me llevaron a leer las primeras páginas y entonces renació el entusiasmo y reemprendí el camino hasta completar no sólo la obra, sino el desahogo tantas veces deseado por un alma que no sé por qué, deseaba dar al mundo las vivencias personales de alguien que fue uno de los tantos hijos del exilio.

De ese exilio español, producto de una inconcebible e irrepetible guerra civil. Guerra cruenta e implacable entre hermanos. Horrible, tenebrosa y estúpida.

Deseo anotar que he escrito esta intervención en mi hogar de Quito, pocos días antes de emprender viaje para cumplir esta cita de amigos entrañables. Algunos

párrafos los redacté mientras escuchaba, entre el silencio insondable que rodean las montañas andinas, la mil veces repetida, inigualable y magistral creación musical de don Manuel de Falla, "Noches en los jardines de España" y obviamente mi emoción en que las notas musicales de la orquesta y el piano recorrían el recuerdo de la sierra cordobesa.

¿Por qué tengo que decir esto ahora? Porque sí. Porque quizás así se podrá comprender mejor lo que significó y significa el sentimiento de los "hijos del exilio". Porque, desde que nacimos hasta ahora, desde la madurez vemos cómo fuimos amamantados de lejos en el amor a la patria que nos fue injustamente negada, a sus propias realidades y valores de toda índole. Porque supimos empezar a quererla de lejos sin conocerla de cerca y luego, avanzada la vida, entendimos, cómo debíamos quererla de cerca, viviendo lejos de ella.

Por algún lado, en mi obra, digo que realmente mucho escribieron los exiliados de sus propias vivencias y también muchos historiadores y sociólogos lo hicieron sobre ellos. Es y fue tema apasionante y seductor. Sin embargo, creo que muy poco se escribió sobre la vida de los hijos del exilio.

No puedo yo pretender representarlos, aunque sí estoy seguro de que algunas de las vivencias relatadas pueden fácilmente ser compartidas y analogadas en sus vidas.

Y quizás aquí quepa también referirme a algo de actualidad y que se suma a esos tantos sentimientos divididos de amor a dos patrias. Algo a lo que extrañamente estamos viviendo, no con cierta incredulidad, y que significa el nuevo tratamiento político y legal a la migración y residencia de los hispanoamericanos que por algún motivo desean y buscan vivir en España. Se crean nuevas trabas y obstáculos; se perfilan en los próximos años tendencias hacia una incomprensible marginalidad y repudio.

¿Es que acaso las nuevas corrientes y compromisos de tipo económico por formar bloques geográficos dizque europeistas van a borrar, disimuladamente, los diversos nexos históricos que atan a la llamada madre patria con sus llamadas queridas naciones hijas de ultramar?

Me pregunto preocupado y dejo a la reflexión, como hijo del exilio y testigo de cómo las naciones hispanoamericanas dieron incondicional y generosa acogida a todos cuantos españoles, en todo tiempo, o se vieron obligados a ir a vivir en ellas o voluntariamente escogieron ese destino. Uno de los factores que conforman la llamada justicia conmutativa, es el de la reciprocidad. Por Dios, que España no la olvide, porque entonces tendríamos que hablar de injusticia y ojalá, no se lleguen a utilizar otros términos más duros de calificación a una actitud incomprensible que, tarde o temprano, podría convertirse en un enorme e histórico arrepentimiento.

Esta pequeña obra en volumen físico, porque no quise a propósito hacerla mayor, y cuyo tamaño intelectual, literario y cultural será medido por el propio lector, fue puesta a consideración del público ecuatoriano en el pasado mes de abril de este año. En un acto social y cultural, de veras memorable por el impacto de reconocimiento a mi persona y al mensaje que intentaba transmitir, culminé una etapa llena de excitación y expectativa.

Fue inesperado el recibimiento cálido y entusiasta de amigos y no amigos. El

tema impactó y los comentarios tanto públicos como privados fueron de elogio y, especialmente, de impresión espiritual. Mi alma se reconfortó ante ello porque, fundamentalmente, el mensaje perseguido había llegado y había calado en profundidad.

Hoy, como había deseado de pronto al concluir la obra, quiero entregarla a España, a la patria que nos fue negada a los hijos del exilio sin saber cómo ni por qué. Lo hago aquí, en la siempre querida ciudad de Córdoba, la que pudo haber sido mía y no fue, pero que de alguna manera nada ni nadie me la puede quitar en mis amores predilectos, para que desde aquí camine, de alguna forma, por el resto de la geografía y la cultura española, como testimonio de lo que siempre significó para nosotros, los hijos del exilio, una tierra, una patria, una bandera, un sentimiento, jamás renunciados y peor olvidados. Antes bien, con el aliento de que los relatos redactados en espíritu de rebeldía, rabia, nostalgia, sin amargura ni rencor, con ternura y amor a dos patrias, dos historias, dos banderas, sintiendo tenerlo todo dividido en dos dentro de las emociones, porque, en fin, los queridos abuelos y padres causantes sufrieron los estragos de un amargo e injusto exilio, y los hijos del exilio, también.